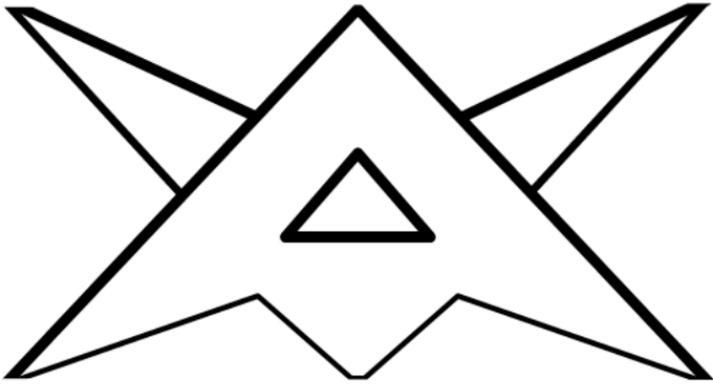


www.appendixman.com



ANGUS MCNEIL



CROWBAR[®]
media



CROWBAR[®]
media

Publicado por primera vez en Australia por Crowbar Media 2018
Esta edición publicada por Crowbar Media 2018

Copyright del texto © 2018 Angus McNeil
Diseño de portada © 2018 Crowbar Media

Traducción: Mario Gómez García

El derecho moral del autor ha sido declarado

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos con producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente, y cualquier parecido con personas reales vivas o muertas, comercios, empresas, sucesos o localizaciones es pura coincidencia

APPENDIX MAN es una marca registrada de Astralgus Pty Ltd, usada bajo licencia por Crowbar Media

ISBN (Print): 978-1-925658-10-1
ISBN (eBook): 978-1-925658-11-8

www.appendixman.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada ni introducida en ningún sistema de acceso, ni transmitida, en forma alguna ni mediante ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación de sonido, etc.), sin previo permiso por escrito tanto del propietario del copyright como del editor del libro, indicado arriba

Crowbar Media
248 McGeorge Road
PO Box 690
GISBORNE
Victoria 3437
Australia

CAPÍTULO UNO

El Megahéroe

OJALÁ HUBIERA ESTADO listo para el día en que decidió hacer una locura.

‘León, quiero ser un Megahéroe.’

Me quedé mirando a mi mejor amiga, Daisy Tuck, con expresión desconcertada.

‘¿Un qué?’

‘Un Megahéroe, León’.

La volví a mirar, perplejo.

‘¿No quieres decir “superhéroe”?, le pregunté, pero negó con la cabeza.

‘No, el mundo ya tiene suficientes superhéroes. Eso es viejo, soso y está muy visto. Un “Megahéroe” es algo totalmente nuevo y diferente’.

‘Ah, ¿sí?’

‘Sip’.

‘¿En qué?’

‘Un Megahéroe es como un superhéroe, pero tan increíble y

poderoso que no es simplemente “súper”, sino “Mega”. ¿Lo captas?’

‘No.’

‘¿Acaso no me crees?’

‘No’.

‘Bueno, es una pena. Voy a hacerlo de todos modos’.

Me giré en la silla y tiré al suelo la revista que estaba leyendo.

‘Vale. Eeeh... ¿por qué?’, pregunté cautelosamente.

‘Porque, León’, dijo Daisy, fijando la vista en el vacío, con una voz repentinamente más grave de lo habitual, ‘afrontémoslo, esta ciudad está en las últimas’.

‘Ah, ¿sí? Pues yo creo que no le va mal’.

‘Hoy día, el pueblo de Melbourne necesita un símbolo en el que inspirarse. Necesita una luz en los rincones más oscuros de nuestra ciudad. Necesita saber que cuando aparecen problemas, uno de sus conciudadanos está dispuesto a hacer todo lo posible por resolverlos. La gente necesita un héroe en estos tiempos difíciles, León, y eso significa que todo recae sobre mis hombros’.

A la luz de la lámpara de su dormitorio, el pelo castaño oscuro y ligeramente rizado de Daisy destacaba como un payaso en una reunión de negocios. Quizá fuera más alta que la mayoría de chicas de diecisiete años del colegio, pero desde luego no era la más alta, ni la más grande ni la más fuerte. De hecho, se me ocurrían inmediatamente otras tres chicas que podrían hacer un nudo con mi cuerpo más rápido que ella (y que lo harían muy gustosamente).

La verdad es que no tenía pinta de luchadora contra el crimen.

EL MEGAHÉROE

‘Muy bien’, empecé. ‘Eeh, se me ocurren algunas preguntas. Para empezar, no tienes ningún superpoder. ¿Cómo vas a combatir el crimen?’

Ella sonrió.

‘Los mayores héroes sólo necesitan creer en sí mismos, León. Ese es el mayor poder de todos’.

‘Esa es la frase más manida de todas’, le dije. ‘En segundo lugar, ya hay gente que hace estas cosas. Bomberos, policías, médicos de urgencias... ¿Cómo puedes ayudarles tú? ¿Cómo vas a combatir tú sola todo el crimen de la ciudad? Melbourne ni siquiera es muy peligrosa. Estoy casi seguro de que fue votada como una de las ciudades con mejor calidad de vida del mundo’.

‘No voy a combatir todo el crimen’, respondió. ‘Sólo a los Megavillanos’.

‘En tercer lugar, ¿cómo vas a...? Espera, ¡¿Megavillanos?!’

Asintió. ‘Sip’.

‘Dee, ¿qué son los Megavillanos?’

Ahora era su turno de mirarme desconcertada. ‘Creo que es bastante obvio, compa. Villanos tan increíbles y poderosos que no son simplemente “súper”, sino...’

‘Vale, vale’, la detuve. ‘Lo capto’.

‘Sé que tenemos una policía que puede hacer todo el trabajo sucio, pero no tiene la capacidad de enfrentarse a supervillanos, no digamos ya a Megavillanos’.

Daisy caminó hacia la cama y se tumbó de espaldas, mirando el

póster de Amelia Earhart que había en el techo.

‘¡No, la gente necesita a alguien que luche contra los tipos realmente malos, villanos tan retorcidos y peligrosamente malvados que pueden aplastar a la raza humana en cualquier momento!’, exclamó, apretando el puño con fuerza.

‘Ajá...’ dije con cautela. ‘Vale, digamos que hipotéticamente un Megavillano ha logrado llegar de algún modo a Melbourne. ¿Cómo lo detendrías? ¿Alguna vez te has peleado con alguien?’

Arrugó el entrecejo, como hacía siempre que estaba enfrascada en sus pensamientos.

‘Sé Taekwondo’.

Di un bufido.

‘No, no sabes’.

Se puso en pie de golpe. ‘Claro que sí. Antes daba clases’.

Volví a bufar. ‘Sí, claro’.

‘Te lo juro. Llegué hasta el cinturón verde-amarillo’. Volvió a sentarse en la cama, satisfecha.

Me la quedé mirando.

‘¿Ese no es el tercer nivel por abajo?’

Se encogió de hombros.

‘Cinturón negro... cinturón amarillo... experto... novato... En esencia es todo lo mismo. Además’, se inclinó hacia delante y me miró a los ojos. ‘No se trata de lo bueno que seas físicamente, sino de la determinación y confianza que tengas aquí’. Se dio unos golpecitos en la cabeza. ‘Más vale maña que fuerza’.

EL MEGAHÉROE

Me froté la frente. Toda la conversación me estaba dando dolor de cabeza.

‘Vale, ¿entonces con quién vas a luchar? ¿Con la señora Smart, la vecina de enfrente?’, le pregunté sarcásticamente. ‘Ey, me han dicho que tiene un perrito que puede estar infectado con el virus zombi’.

Daisy se levantó de la cama y volvió a su computador, ignorándome. Empezó a teclear, navegando y clicando por un torbellino de páginas web, hablando tan rápido que me costaba entenderla.

‘Hay alguien ahí fuera’, dijo, ‘que supone una amenaza para toda la población mundial. Es inteligente, es peligroso, y se las ha apañado para burlar a la policía durante mucho, mucho tiempo. Llevo tiempo investigándolo, León, tratando de descubrir dónde está y qué hace, pero nunca llego a ninguna parte’.

Hice un gesto de exasperación. ‘Vaya, me pregunto por qué. ¿Y quién es?’

Daisy paró de teclear y volvió a girarse en su silla. Por un momento me miró fijamente, como queriendo prepararme para un bombazo.

‘El Dr. Green’.

La habitación se quedó en silencio durante unos buenos diez segundos, hasta que apartó la vista y volvió al computador, reanudando su frenético tecleo.

‘Eeeh, ¿Daisy?’, empecé a decir.

‘¿Sí?’

‘¿Quién es el Dr. Green?’

Daisy frunció los párpados.

‘Sólo el más vil, despiadado, perverso, insidioso, malicioso, falso, taimado y genial villano que el mundo haya conocido. O que no haya conocido. Mira’, me dijo, girando el monitor del computador hacia mí.

‘León Baker, te presento al Dr. Green’.

En el monitor había una foto tomada por una cámara de seguridad. Mostraba una figura con el rostro vuelto hacia un lado, haciendo fila en un buffet de ensaladas. La imagen era demasiado borrosa para distinguir bien los detalles. Lo único que veía es que era un hombre delgado, que llevaba una especie de bata larga y blanca, y que su pelo no parecía totalmente liso. En la pantalla, una flecha verde apuntaba al misterioso hombre, y había un texto en la parte inferior derecha:

Nombre: Dr. Aurelius Green, Doctorado (Ciencias Medioambientales)

Edad: Desconocida

Altura: Desconocida

Color Favorito: Verde (por confirmar)

Había otra nota debajo:

Genio malvado.

‘¿Genio malvado? ¿Eso es todo?’

‘Bueno, como he dicho, nadie sabe que este tipo existe realmente’.

Tras leer el texto en silencio una segunda vez, miré a Daisy. Estaba sentada de nuevo en su silla de oficina, con los ojos cerrados’.

‘¿Dee?’

Abrió los ojos y me miró. ‘¿Mmm?’

‘No te crees esto de verdad, ¿no?’

Me miró indignada.

‘¡Claro que me lo creo!’, dijo. ‘Ash es una de las figuras mediáticas más influyentes del mundo. Consigue la información que los gobiernos no quieren que sepas. Él nos enseña que nadie debería tener miedo de escoria como el Dr. Green’.

‘Un momento, vamos a rebobinar un poco’, le dije, confundido. ‘¿Quién es Ash?’

‘Oh, el autor de esta web’. Volvió a la página de inicio, que era una simple pantalla de fondo negro con un texto azul brillantísimo que me saltó a los ojos, humedeciéndolos un poco. ‘Nunca nos hemos visto, pero una vez empieza a limpiar las calles creo que vamos a encontrarnos unas cuantas veces. He oído que es un genio en todo lo relacionado con estas cosas’.

Daisy ajustó su silla y se inclinó sobre el teclado del computador.

‘De hecho, creo que es hora de mandarle un mensaje’, musitó. Sonriendo, añadió: ‘Puede que eso le dé una motivación’.

‘Espera, ¿en serio le vas a escribir diciéndole que vas a

convertirte en super...’

‘Mega...’

‘¿Megahéroe?’

‘No’, respondió, mirando al techo como si le hubiera dicho la cosa más estúpida del planeta. ‘Voy a escribir a Ash y a contarle que hay ayuda en camino. Tenemos que ser discretos, León. Piensa un poco’.

Y eso fue todo. Daisy centró toda su atención en el computador, y fue como si yo ya no estuviera en el cuarto.

Desde que me mudé a Australia, Daisy Tuck había sido mi mejor amiga. Habían pasado más de diez años desde que nos conocimos, y seguíamos viéndonos después de clase casi todos los días. Era una chica entusiasta y algo rara, a la que parecía ocurrírsele una nueva locura cada vez que la veía. Algunas las planeaba durante meses, dándome pistas y adelantos de lo que le pasaba por la cabeza, mientras que otras se le ocurrían en el momento, de forma totalmente espontánea. Algunas funcionaban; la mayoría no. Pero fuera cual fuera el plan, siempre pasábamos un gran rato intentando sacarlo adelante, aunque a veces yo no tuviera tantas ganas como ella.

Aún recordaba ese día, hacía muchos años.

Acababa de llegar a mi nuevo colegio, un niño de siete años tan preocupado porque nadie en mi nueva clase querría ser mi amigo que ya había pensado la enfermedad repentina que fingiría para poder salir de ahí. Al entrar en clase vi a los niños ya sentados en

EL MEGAHÉROE

sus pupitres, dibujando y pintando mientras la profesora hablaba con uno de ellos. En cuanto me vio dio unas palmadas y todos se quedaron paralizados, mirándome, pensando que era un intruso. El curso había empezado hacía ya unas semanas, así que todo el mundo tenía claramente sus grupos de amigos.

Excepto yo.

‘Hola cariño, ¿te llamas León?’, dijo con una gran sonrisa. Levantándose de su escritorio, se acercó hasta mí. Tenía el único rostro amistoso en toda la estancia. Agachándose hasta mi nivel, me dijo: ‘Soy la señora Hughes. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?’

Demasiado asustado para decir nada, simplemente asentí.

‘¿Estás un poco nervioso?’, preguntó la profesora, frunciendo el ceño de forma bastante obvia.

Volví a asentir, y me metí el dedo en la nariz. Parecía más seguro ahí.

‘No pasa nada, León, aquí son todos muy amables y quieren ser tus amigos’.

En ese momento la Sra. Hughes se enderezó, volviéndose hacia la silenciosa clase.

‘Niños, hoy un amigo nuevo empieza con nosotros. Se llama León. ¡Acaba de mudarse con su familia desde Hong Kong y va a entrar en nuestra clase! Ahora, a la de tres, quiero que todos digan “Buenos días, León”. ¿Listos? Uno, dos, tres’.

La clase murmuró ‘Buenos días, León’. Me sentí algo mejor ahora que sabían mi nombre.

‘Muy bien, ahora tenemos que encontrarle a León alguien junto a quien sentarse’, dijo la profesora. ‘¿Alguien se quiere sentar junto a León?’

La sala quedó en silencio. Todavía tenía el dedo en la nariz, sin saber qué más hacer con él. Los niños nos miraban incómodamente, intentando que no se les notara mucho.

‘¿A quién le gustaría?’, preguntó la Sra. Hughes, aún sonriendo como si no hubiera nada de qué preocuparse. Los demás siguieron en silencio. Algunos incluso habían vuelto a dibujar con sus lápices. Entonces, cuando ya estaba convencido de que me quedaría solo para siempre, de improvisto surgió una aguda voz desde el fondo de la sala.

‘Yo me sentaré con él’.

Una niña desgarbada con demasiadas pinzas en el pelo se puso en pie y alzó la mano. Vi un asiento libre a su lado, en la última fila.

La Sra. Hughes sonrió y se volvió hacia mí.

‘Ahí tienes, ¿por qué no vas a sentarte con Daisy?’

‘Vale’, dije. Me saqué el dedo de la nariz y, sintiéndome mucho más popular, caminé por el pasillo hasta el pupitre. Me senté en la silla vacía junto a la niña.

‘Hola, me llamo Daisy’, dijo ella.

‘Hola’, respondí.

‘¿Cómo te llamas?’

‘León’.

‘¿Cuál es tu animal favorito?’

EL MEGAHÉROE

‘Mmm... el tigre’.

‘El mío el león. ¿Quieres un lápiz rojo o un lápiz azul?’

‘Mmm... el rojo’.

‘El rojo lo tengo yo, ¿por qué no te quedas el azul?’

‘Vale’, dije, y me dio el lápiz azul.

No me acuerdo de lo que dibujamos aquel día. Ni siquiera me acuerdo de lo que pasó durante el resto de la clase. Lo único que recuerdo es que desde ese día siempre me senté en la silla del fondo junto a mi nueva amiga Daisy. Y desde aquel día, hace tantos años, en realidad las cosas no han cambiado mucho.